

Las maravillas de las rejas gótico-platerescas son debidas al arte de Juan Francés y Martín García. En un costado se halla el mausoleo del que ordenó hacer y costeó este conjunto, descendiente de los Braganza, expatriados en Castilla, que se llamó Don Fadrique y fue obispo de Sigüenza.

Se pasa a la Sacristía Mayor, o de las Cabezas, por una puerta del siglo XVI que a mí me impresiona. Como un sueño fantasmal de ultratumba surge la bóveda de cañón con más de tres mil cabezas talladas en piedra que parecen clavar sus miradas al visitante, que retrocede sorprendido. Cabezas que iniciara Alonso de Covarrubias y continuaran Nicolás Durango y Martín de Vándoma, quien realizó también la puerta plateresca de nogal, la cajonería, el magnífico crucifijo de peral y la figura de San Mateo. Vándoma cobraba por este trabajo seis mil maravedíes anuales. Era el año 1554.

El agua, filtrada por las goteras, ha ido borranco con el tiempo los rasgos de las cabezas, dándolas un misterioso aire desvaído; pero otras conservan el trazo vigoroso con el que les infundiera vida el arte de Covarrubias. ¿Qué dicen? ¿Qué piensan estas cabezas espeluznantes que parecen asomarse entre las nubes en noche de tormenta? Alucinantes cabezas de los ojos abiertos en representación de espíritus celestes que avisen del acto transcendental que van a realizar cuantos sacerdotes se revisten en este lugar, desde hace siglos, antes de decir su misa.

A la Capilla de las Reliquias se entra por una bellísima reja plateresca, como la de la capilla mayor. Retablo de los tres cuerpos, de distinto estilo cada uno: jónico, corintio y mixto están bellamente representados aquí.

Sepulcros de nobles, de obispos, el de la nieta de Pedro el Cruel. Se recorta la línea de los púlpitos de alabastro de las canteras de Cogolludo, transparente como el de Italia. El más antiguo, al lado de la Epístola, lo encargó y costeó el Cardenal Mendoza en 1495. La Virgen María sobre una carabela, que semeja ser una de las de Colón. Las dos imágenes pudieran ser de los Reyes Católicos para así conmemorar eternamente el descubrimiento de América.

Coro de nogal gótico florido y una reja renacentista que tanto recuerda al monasterio de Miraflores.

Los rosetones y las vidrieras de color, con esa sinfonía desbordante de rojos, azules, violeta. Arco iris de mágicos reflejos que envuelven en su aureola las piedras sepulcrales, las bóvedas, el suelo sembrando por doquier flores de fantástico color.

Y en un recoleto rincón, como un aposento aparte, de portada plateresca, mudéjar y reja gótico-renacentista, el panteón de los Arce, en el que duerme el sueño de la eternidad toda una familia, menos Martín Vázquez, aquel caballero que surge de la incógnita. Las gentes le llamaban Doncel cuando él era ya Caballero de Santiago.

Ortega y Gasset dice que es "la estatua más bella del mundo" y no se sabe aún si la hizo surgir del alabastro Berruguete, Donatello, Sebastián de Almonacid o un espíritu de luz no identificado.

No fue Martín, según afirman los eruditos, uno de aquellos jóvenes donceles de los Reyes Católicos, educatos por ellos en las armas y las letras. El aprendió a luchar bajo las órdenes del duque del Infantado, con el que hizo la guerra. Fue muerto en batalla contra las huestes mahometanas